

RESEÑAS

DOMINGO MELFI DEMARCO, *Estudios de literatura chilena* (Primera serie).—Santiago de Chile, Nascimento, 1938. 224 pp.

Alborea la moderna literatura chilena en 1842. Es el momento en que Lastarria pronuncia su famoso discurso sobre la "imperiosa necesidad de ser originales en literatura". Al par de su contemporáneo argentino, Echeverría, quien lanzó su conocido credo literario con unos pocos años de anterioridad, viste Lastarria su nuevo ideal en un tradicional romanticismo que dista mucho de prometer un afianzamiento inmediato para las letras nacionales.

En Chile el primero en delinear aquella "naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos" es "Jotabeche" (José Joaquín Vallejo), cuyos artículos de costumbres aparecieron en varios periódicos y revistas de 1841 a 1847. Su localismo romántico enfoca ya tipos y paisajes chilenos, pero "en pequeños esquemas, en trazos fugitivos", demasiado llano y exteriorizado para calificarse de verdadero criollismo. Pero ocupa "Jotabeche" un lugar respetable en la historia literaria gracias a un genuino esfuerzo criollista. Y está reflejada en sus páginas la fiel apariencia de una existencia que se disipaba bajo las sucesivas transformaciones sociales. No observa "Jotabeche" los comienzos de desasosiego que en generaciones posteriores van acentuándose hasta brotar en lucha abierta, notablemente en la Revolución del 91.

Es uno de los grandes méritos de Blest Gana, "creador de la novela chilena", que consigue trasladar a las páginas de su novela de época *Martín Rivas* varios aspectos de la transformación social incipiente. La sociedad que estudia Blest Gana tan concienzudamente no ha dejado por completo de ser colonial, pero comienza ya la invasión y la conquista de la capital por la provincia, aquella "reserva de lo noble, de lo entero". Esta acción, no menos profunda por ser sorda, constituye un elemento dinámico, y por eso dramático, que Blest Gana es el primero en introducir en la literatura chilena. Hace más este venerado literato, pues con

su *Martín Rivas* trae el criollismo a la ciudad y funda así toda una dinastía de novelistas sociales y psicológicos. Merece la calificación de primer criollista porque, al contrario de "Jotabeche", que gustaba románticamente de "ver cosas nuevas" y "recorrer lugares de los que no conocemos sino sus nombres", describe exclusivamente lo que existe dentro de los horizontes de su propia experiencia.

Escribiendo con menos ponderación que Blest Gana, pero con una fresca naturalidad y con un seguro instinto artístico, viene Daniel Riquelme a llenar, con sus *Recuerdos de la campaña*, el vacío de este período desértico de las letras chilenas. Ocupa Riquelme una posición intermedia entre "Jotabeche" y Blest Gana, pues si cuenta experiencias propias no por eso carecen de un interés romántico, fruto de "los días sombríos" que vivió el autor durante la Guerra del Pacífico. Con una "suelta sencillez" narra "los accidentes penosos o alegres" de esta existencia aventurera. Las páginas de Riquelme están tocadas con "el hálito sombrío de la muerte", mas junto a la nota patética y trágica se advierten toques de humor socarrón y de burla. Goza Riquelme, con Pérez Rosales, la distinción de haber introducido en la literatura chilena este elemento de alegría espontánea y zumbona. Tiene Riquelme, con relación a "Jotabeche" y Blest Gana, la superioridad de identificarse paternalmente con sus personajes.

El siglo pasado está caracterizado más por guerras y revoluciones que por libros. Por lo tanto, no es posible asegurarse de la dirección que toman las letras chilenas sino con referencia a uno que otro escritor aislado. Llegando al umbral del nuevo siglo, empero, se nota "un signo de singular conciencia literaria", pues por primera vez hay un grupo de escritores dedicados todos a un mismo ideal criollista. Es interesante notar que en el mismo momento en que llegaban a Chile cantidades de libros extranjeros y en que más se sentían influencias francesas, españolas, rusas, alemanas, italianas y hasta norteamericanas, en este momento es cuando toma la literatura una franca orientación autóctona. Es un período de acción y reacción, de complejidades y de contradicciones. Es evidente, por ejemplo, una fuerte acción catalítica ejercida por ciertos aspectos de las literaturas extranjeras, y al mismo tiempo hay una inequívoca reacción contra la decadencia y la neurastenia que son rasgos tan marcados de esta misma literatura finisecular. Dejando a un lado autores europeizantes, cuya obra peca de imitativa, vemos dividirse la corriente criollista, y se distingue la literatura campesina de la urbana. Por fin germinan las semillas sembradas por "Jotabeche", Pérez Rosales, Blest Gana y Daniel Riquelme.

Es la literatura campesina la que forma la corriente de más volumen, porque "es el campo la fuerza más poderosa de la vida chilena". Entre 1900 y 1915 aparece un raudal de estudios rurales. "Cobran un relieve inusitado los cerros, los poblados en los faldeos, el canto de los pajarrillos. . . adquiere una vida elocuente el peón de riego. . ." Es Federico Gana el "iniciador del cuento campesino", que él "inviste con una rea-

lidad y una sobriedad elegantes", pero sin preocuparse de valores sociales. Baldomero Lillo, cuyas dotes dan al criollismo nuevos impulsos, es "el primero de su generación que baja al fondo de las minas chilenas en busca del documento directo". Joaquín Díaz Garcés "ha dejado la huella de su chilenidad y de su amor a los motivos camperos" en sus *Páginas chilenas*. Mariano Latorre "descubre el río Maule" y otros temas y paisajes de fuerte criollismo campero. Guillermo Labarca, Juanario Espinosa, Fernando Santiván y Rafael Maluenda, cada quien por su parte, ofrecen sus contribuciones al mismo aspecto de la creciente producción literaria.

Entre los que observan y estudian la vida urbana, casi tan numerosos como los estudiosos de la campiña, se destaca Luis Orrego Luco, descendiente literario de Blest Gana y autor de la resonante *Casa grande*. Lo que diferencia la obra de estos dos novelistas no es tanto el talento —concedido a ambos con discreción casi igual— como la materia de sus respectivas novelas. La sociedad descrita por Blest Gana, semi-colonial y soñolienta, comenzaba apenas a desperezarse. Pero las transformaciones, cuyos comienzos están apuntados con tanta precisión en *Martín Rivas*, se han multiplicado muchas veces en medio siglo. Cada una de estas complicaciones, tanto políticas y económicas como morales y espirituales, las comenta Orrego Luco en su gran obra, llamada por el crítico Omar Emeth "el mejor documento histórico... sobre la vida chilena en los años 1900-1908".

Así como en la novela y el cuento campesinos los autores se esfuerzan por descubrir cada rincón de la patria, también en la corriente urbana hay una igual preocupación por explorar cada una de las capas sociales. Joaquín Edwards Bello, en su novela *El roto*, penetra en la vida baja del suburbio. Alberto Romero muestra predilección por "las vidas desarticuladas y rotas" de la miseria urbana. González Vera, en sus *Vidas mínimas*, pinta "la existencia gris del conventillo chileno". A este mismo movimiento pertenecen también *Cuesta arriba* de Emilio Rodríguez Mendoza, *El crisol* de Fernando Santiván, *El zapato chino* de Juan Barros, *Juana Lucero* de Augusto Thomson, *Hogar chileno* de Senén Palacios y *Los desarraigados* de Augusto Millán.

Y por fin, tras esta cuantiosa producción literaria de principios de nuestro siglo nos llega la obra de "los nuevos", los Pablo Neruda y Rosamel del Valle, los que representan siempre, como la X matemática, un valor desconocido, un valor que sabrán calcular los matemáticos-críticos del porvenir. Tiene que contentarse el crítico del presente con notar ciertas tendencias: "una compleja inquietud", una excitación y a veces "una franca rebeldía". Después de andar a tientas tras el ideal subjetivista, alcanza por fin el escritor a identificarse, no ya paternal sino fraternalmente, con sus creaciones. Tanto se interesa por la sensibilidad de sus héroes, que viene a perder contacto con la realidad exterior. En esta nueva "geografía estética" el ideal criollista parece ceder a la busca de una "realidad trascendental". El escritor del porvenir habrá de re-

conciliar el ideal criollista con el ideal subjetivista en una nueva orientación que podrá llamarse "criollismo subjetivo".

Tal es el panorama de la prosa literaria chilena de los últimos cien años, que nos presenta el prestigioso crítico Domingo Melfi en un hermoso volumen que podemos recomendar con entera confianza. Este valioso libro contiene una serie de nueve estudios críticos, de los cuales tres son de carácter más bien general, mientras que los restantes son estudios más detenidos sobre escogidas personalidades literarias. Figura al fin del libro un utilísimo "Índice de autores citados". El primer capítulo, que se titula "Panorama literario chileno", fué publicado por vez primera en septiembre de 1929 en *La Nación* de Buenos Aires y ha merecido, por sus amplias perspectivas, ser traducido al francés por el eminente crítico chileno Omar Emeth y al inglés en la revista neoyorquina *Chile* en los números de mayo, junio y julio de 1930. En el cuarto capítulo, uno de los más penetrantes del libro, estudia Melfi lo que él considera el aspecto más trascendental de la floración literaria a principios del siglo veinte: "El campo en la generación literaria de 1900". Y su último capítulo es una "Perspectiva de la novela", en el cual sugiere el autor una de sus más esclarecedoras generalizaciones. En los demás capítulos hace el análisis de ciertas obras de Blest Gana, Daniel Riquelme, Carlos Pezoa Véliz, Baldomero Lillo y Luis Orrego Luco. Si por excepción incluye Melfi al poeta Pezoa Véliz entre tantos prosistas, no es por cierto por corregir la crueldad de un destino que le cortara las alas al desgraciado poeta a la edad de veintinueve años, víctima del terremoto de Valparaíso de 1906; es sencillamente porque estima Melfi que antes de morir tenía ya ganadas sus espuelas literarias gracias al fuerte sabor chileno de sus atormentados pero musculosos versos.

En todos estos esmerados estudios se ve la constante preocupación histórica y sociológica que caracteriza la labor crítica de Domingo Melfi. Ya por otros se ha notado el contraste que hay entre Melfi y el otro conocido crítico chileno, Hernán Díaz Arrieta ("Alone"), quien prefiere seguir un criterio más bien estético. Este contraste no es, por supuesto, una oposición, pues ni descuida "Alone" el ambiente que moldea una cultura literaria ni pasa por alto Melfi las diferencias personales y psicológicas que prestan a las letras su encanto perdurable; es más bien una feliz circunstancia que los métodos de estos dos intérpretes de la expresión literaria en Chile puedan así complementarse. Obedeciendo a su criterio histórico, se remonta Melfi a la obra de Lastarria y de "Jotabeche" para estudiar los orígenes de la moderna literatura, mientras que "Alone" prefiere comenzar su *Panorama de la literatura durante el siglo XX* con el estudio de la generación de 1900, donde hay más intenso valor estético. Mas no por esto debe deducirse que sea Melfi un crítico de "los viejos" y "Alone" el crítico de la juventud. A los dos les tacharán los jóvenes de atrasados y los viejos de modernistas. Y ellos mantienen airoosamente el difícil equilibrio en la cuerda que corre a igual distancia de los dos campos extremos. Tanto Melfi como "Alone" re-

conocen el carácter precursor de la literatura chilena hasta el presente, pero no por ello se creen obligados a estudiarla con los exclusivismos de una crítica absolutista. Y dan muestra de igual moderación al examinar las novísimas tendencias; tratan sinceramente de comprenderlas y de interpretarlas con toda justicia y con toda simpatía.

Es de loar la publicación de obras de tan destacado mérito como la de Domingo Melfi y debe ser alentado todo esfuerzo por darle libre circulación en el mercado de las dos Américas. Sería injusto insistir sobre defectos que ni siquiera se advierten en una lectura corriente. Apunto tan sólo el hecho de que este hermosísimo volumen sería elemento de aún más útil referencia entre los estudiosos de las literaturas americanas, si indicara el autor con más precisión la cronología de los fenómenos literarios. Sería fácil, por ejemplo, poner entre paréntesis, después de cada nuevo título citado en el texto, la fecha de su publicación. Dicho lo cual, nos apresuramos a decir que merecen el distinguido autor y la Casa Editorial Nascimento nuestros calurosos aplausos por esta primera serie de *Estudios de literatura chilena*. Esperemos con impaciencia la aparición de las sucesivas series que nos promete Melfi.

THEODORE ANDERSSON,
American University,
Washington, D. C.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ, *Viaje a Ipanda*.—Guatemala, Centro Editorial, S. A., 1939. 228 pp.

A pesar de que el narrador de esta historia es Manuel, el mismo de *El mundo de los maharachías*, y aunque en esta novela se refiere con frecuencia a los maharachías, el *Viaje a Ipanda* forma un todo aparte, completo en sí. Además, el argumento de aquélla gira sobre la vida de Manuel entre los maharachías y trata del individuo y sus reacciones en medio de esa raza sobrehumana, mientras en ésta se fija la atención en los problemas sociales, económicos y políticos, que nos expone Manuel como intérprete de la sociedad ipandesa.

Ipanda es la escena de la acción, la tierra de promisión, en un mundo actual traducido en términos del pasado remoto. Mejor dicho, el asunto de la novela es la representación de cómo pudiera ser este mundo en un día futuro no muy lejano del de hoy (aunque se supone que la fecha antedata la era de Atlantis, ya que tiene que ser contemporánea con la supuesta era de *El mundo de los maharachías*), y las naciones en ella mencionadas llevan seudónimos pero tienen sus prototipos actuales. Puede decirse que la historia es un *roman à clef*. Pero una reseña no ofrece lugar para discutir tal cuestión; García-Prada piensa escribir un ensayo sobre ella. La historia es como sigue: